

Editorial

Influencias y contagios; crisis de las religiones

Manuel Quijano

No nos vamos a referir aquí a aspectos políticos, locales o generales, áreas en que el término de influencia es frecuentemente empleado, sino a algún poder o atribución que puede actuar en pro o en contra de las ideas y las conductas llamadas trascendentes. Recuérdesse que lo que se llama trascendente es lo que refleja la capacidad humana de transportarse más allá de lo material, como el pasmo que se experimenta en el amor o en la contemplación de una obra de arte o algo bello, el asombro y la admiración (y la propia pequeñez) al observar el Universo; cuando una obra artística no es trascendente, baja al nivel de decoración.

Los discursos, las polémicas, las discusiones tienen una influencia efímera, con excepción de los contados grandes líderes de carisma probado. Lo escrito, en periódicos, libros o revistas sí puede influir más persistentemente en el pensamiento de muchas personas. Y como después de varias campañas de alfabetización la demanda de material de lectura es enorme, la escritura es a menudo utilizada con la finalidad de influir y convencer, aunque sus armas se dirigen sólo al subtrato emocional del público y no a su capacidad de razonamiento objetivo.

De cualquier tipo que sea, la escritura, tiene sus reglas, no sólo gramaticales sino de arquitectura, estilo y modo, ya se trate de libros, prensa diaria, revistas periódicas, panfletos, correspondencia, publicidad o graffiti. Claro que en los últimos tiempos los lectores van en disminución en comparación con los “escuchas”, de la radio o la televisión, pero su pasividad crea y exige la actividad de los que redactan los guiones, las arengas y los mensajes de los que todos somos víctimas.

Los escritores científicos y sus lectores aceptan de antemano reglas claras, como la necesidad de fundar sólidamente las afirmaciones, la estadística correctamente llevada y expuesta, la existencia de controles y otras, y de ahí se deriva el juicio de calidad del escrito y su aceptación. La escritura no científica (literaria o no), no tiene ese tipo de reglas pero sí clases: una primera clase, es la que no pretende ser influyente sino llenar un hueco de tiempo del lector y distraerlo, pues como se ha dicho en esta columna, leer es un vicio sano que afecta a muchas personas que lo mismo agarran una revista de modas en una sala de espera que un libro abstruso sobre tormentas tropicales o unas cuartillas que se refieren a las ciencias de la salud. La segunda clase de escritura no literaria corresponde a la publicidad, que intenta modificar los gus-

tos, hábitos y hasta la conducta del lector o modificar sus opiniones políticas, estéticas o sociales. La tercera es la imaginativa, la verdadera literatura, que afecta directamente los sentimientos, ideas y hábitos del lector y sus acciones.

En la actualidad puede decirse que la segunda clase, la publicidad, se ha convertido en una “técnica científica” con muchísimos practicantes, que no sólo se emplea en el comercio sino, inclusive con mayor extensión y frecuencia, se aplica en la política y en toda la vida social, con la misma finalidad de *persuadir*. La verdad es que no hay ninguna diferencia entre los creadores de mensajes, bien sea sobre algún producto contra el estreñimiento, la obesidad o las arrugas de la piel, y los que exaltan las virtudes y capacidades del candidato a un cargo público o sus supuestos proyectos y programas.

Los propagandistas se creen moralistas e invitan a los lectores a superar sus egoístas malas creencias y adherirse a nuevas cruzadas que traerán prosperidad y felicidad. Y montados en ese caballo, no temen usar lo supuestamente recomendado por Voltaire de “calumnia, que algo queda”. Y no puede negarse que los propagandistas sí tienen éxito en influir el pensamiento de sus lectores, siempre que “las circunstancias lo permitan”. Esto lo pude comprobar desde niño en que me convertí al pacifismo después de ver una película impactante “Sin Novedad en el Frente” a la que siguieron muchas otras, pero que no lograron evitar que en 39 no me sorprendiera y casi me alegrara por el inicio de la guerra.

Entre los mecanismos psicológicos de uso diario se halla la racionalización. La racionalización puede cambiar en sus modos de ejercerla; lo que no cambia es el material que se racionaliza. Las pinturas de caballos y bisontes de las cuevas de Lascaux o de Altamira, podían haber sido hechas por un artista del siglo XX y su mensaje y poder de *insinuación o inducción*, en tanto gran arte, se ejerce todavía sobre nosotros como lo hizo entre todos los que vagaban por las tierras de Cro-Magnon; la literatura arcaica (Homero y muchos más) la entendemos y nos conmueve tanto como a los griegos de los siglos 4º y 5º antes de Cristo; las filosofías y las religiones antiguas, aunque parezcan extrañas y lejanas, *responden a emociones e inquietudes* que podemos reconocer como propias y actuales. Porque somos los mismos hombres: lo que subyace en las personalidades y los temperamentos, en el alma, con sus peculiaridades y coloridos, sus necesidades y remedios, su imaginación y creatividad, eso que se llama la naturaleza de lo humano (la trascendencia incluida), permanece inalterada cuando me-

nos desde hace 50,000 años. Seguramente en esos tiempos arcaicos hubo extrovertidos e introvertidos, angustiados, deprimidos y expansivos, intelectuales e intuitivos, visionarios y libertinos, como ahora.

La religión es una racionalización de *sentimientos e intuiciones* que, como se afirma en el párrafo anterior, son inmodificables y existen en todos nosotros, aunque ahora no se necesita recurrir a entidades ocultas para explicar ciertas experiencias interiores. Los dogmas budistas, judíos o cristianos, tanto como la mitología grecorromana o la teosofía entretenida y complicada de las culturas prehispánicas mesoamericanas, todos esos dogmas, repito, son intelectualmente insostenibles. Sin embargo dicen cosas que impresionan a todos y se consideran llenas de “sabiduría” al grado que en las diversas mitologías los dioses coinciden en sus características, benévolas o atemorizantes. Un ejemplo puede ser Hermes Trismegisto (el tres veces grande) que tanto menciona Baudelaire, pero que desde Pitágoras o Platón respetaban y cuyo culto nació en Egipto con el nombre de Thot, pasó a Grecia y más tarde a Roma como Mercurio. Y los judíos lo consideraban contemporáneo de Abraham y que Moisés fue discípulo suyo. A él se le atribuían todos los descubrimientos, dirigía a la ciencia y era el inspirador de los iniciados; en todas las mitologías podía moverse en el mundo de los dioses y de los humanos y era el mensajero que llevaba el conocimiento a los elegidos y en la edad media se conformó la filosofía hermética, que seguían los practicantes de la alquimia y de la medicina y para quienes lo importante no era el mensajero (a diferencia de las religiones) sino el mensaje.

La inteligencia, la voluntad, la intuición y todas las funciones mentales que podrían calificarse de “no materiales” son tan humanas como la vitalidad y la creatividad. La civilización ha logrado un cierto dominio de la naturaleza para librarse de la fatalidad de los fenómenos naturales, pero la necesidad de entender mejor al Universo y al hombre total, persiste inalterada. Dice Goethe que tenemos dos almas, una viva y apasionada cercana al mundo por medio de los órganos del cuerpo, la otra que intenta disipar las tinieblas que nos envuelven y ansía trasladarse a las mansiones espirituales. Si bien el espíritu no puede vivir sin el concurso de fuerzas materiales (pues todo procede del encéfalo), la percepción especial del mundo interno no puede realizarse sin la “dirección y señorío del espíritu”, como dice Samuel Ramos.

Pero surge una duda al observar que, en el mundo entero y desde hace ya varias generaciones, las religiones parecen sufrir una declinación en el número de practicantes ...y creyentes.

¿Quiere esto decir que en vez de llamarlas racionalizaciones sensatas, deben considerarse invenciones caprichosas

repetidas o reinventadas por cada pueblo o cada generación para su propio provecho? El dilema es más aparente que real, pues, en primer lugar, ha habido una declinación de las religiones pero definitivamente no han muerto. El dilema no se plantea porque el hecho de que haya mucha gente sin religión sino porque se olvida que, la mayoría han encontrado un sustituto; la verdad es que la necesidad de racionalizar sentimientos e intuiciones, la religiosidad, ha encontrado otras formas no reconocibles de inmediato como religiones pero que ahí están. Nuestra naturaleza tiene horror del vacío moral o intelectual y quiere explicarse todo; aunque esos sustitutos no parezcan simpáticos, hay que reconocer que son menos nocivos...pues la humanidad ha utilizado, en toda su historia, a la religión como excusa para dominar, someter, inclusive guerrear y matar.

He repetido otras veces el hecho curioso de que en el siglo XX, centuria del triunfo definitivo de la explicación científica, objetiva y repetible, de la exploración del universo hasta distancias de miles de años luz, del conocimiento del genoma humano y la micro o nanoquímica de las proteínas, centuria en la que esos nuevos conocimientos son coincidentes con la aceptación por la Iglesia de que el juicio de Galileo fue defectuoso y parcial, y que la teoría del origen de las especies es una certidumbre, es curioso, repito, que al mismo tiempo que todo ello, hayan surgido una serie de sectas religiosas tan irracionales como las que aseguraban que el año 2000 se acababa el mundo y practicaron los ritos más extravagantes y absurdos.

Pues el caso es que, muchos otros sectores de la sociedad civilizada han creado asimismo otros sustitutos de la religión en los cuales todos nosotros participamos en mayor o menor grado. Se pueden enumerar algunos: en primer lugar, la ideología política y el nacionalismo (los adeptos pueden ser tan fanáticos como los de las sectas mencionadas), y a continuación el comercio, la moda y sus rituales que convierten en “dios” a un cantante o un jugador de fútbol, la actividad sexual, que para los sexólogos es la causa “princeps” de la paz o la discordia, personal y colectiva; y podría inclusive colocarse como sustituto, la pasión por el arte o los objetos artísticos que dan una satisfacción a sus adeptos equivalente a los raptos místicos de Santa Teresa o San Juan de la Cruz.

En todos esos sustitutos religiosos se encuentra uno con fanáticos y maníacos, excéntricos que transforman gustos, sugerencias y costumbres en dogmas exigentes que no se atreven ni siquiera a enjuiciar o poner en duda... Pero ningún sustituto es capaz de satisfacer por completo las necesidades religiosas de los hombres.